



## RELACION

DE LOS DESAFIOS, HAZAÑAS Y VALENTIAS

DEL MAS JAQUE DE LOS HOMBRES,

# FRANCISQUILLO EL SASTRE.

Salga el acero á brillar,  
 pues soy hijo del acero:  
 hijo soy de Pedro el Sastre,  
 y nieto soy de mi abuelo:  
 Francisquillo soy el Sastre,  
 el que á nadie tiene miedo,  
 el que hará que tiemble el mundo  
 con sus heróicos hechos.  
 Venid aquí, forradores  
 de palos con los pellejos,

pantomistas de lunes,  
 revoivedores de pueblos:  
 llegad los de la madera,  
 fanfarrones carpinteros,  
 aunque con vosotros vengan  
 esos prosas cedaceros;  
 tejedores, hiladores,  
 juntaros con los barberos,  
 y salid con este al campo  
 que tiene perdido el miedo



labradores, hortelanos,  
y esforczados molineros,  
hoy os desafia un Sastre  
que tiene la sangre hirviendo.  
Vengan jueces y abogados,  
escribanos marrulleros  
que á un plumazo que os dé  
os dejaré sin aliento;  
venga Bernardo del Carpio,  
ese guerrero soberbio  
con su espada y su rodela  
que no le teme este pecho;  
venga el moro Brabonel,  
ese jaqueton lancero,  
que le quitaré el turbante  
y le haré cristiano nuevo;  
venga el mismo Fierabrás,  
vengan Roldan y Oliveros,  
y hasta Carlos Magno venga  
si perder quiere el pellejo;  
vengan hoy todos los guapos,  
lleguen aquí barateros;  
venga el soberbio mas grande  
capitan de bandoleros;  
vengan los Ponces de Leon,  
los Guzmanes, y Carreros,  
vengan cuantos hijos-dalgos  
penen los pies en el suelo;  
venga aunque sea Luzbel  
con todos sus compañeros  
que á estocadas les haré  
que vuelvan á los infiernos;  
y pues nadie venir quiere,  
que todos me tienen miedo,  
vereis hazañas de un Sastre  
que ahora contarlas quiero.  
Apenas cumpli veinte años  
salt un dia de paseo,  
como me hallaba en Madrid,  
hasta el Puente de Toledo;  
llegué á un juego de canó

que habia mucho dinero,  
y pregunté quien cobraba  
los ochavos muy lijero.  
Un granadero salió  
de los de morro con pelo,  
que por habano en su boea  
podia llevar mi cuerpo;  
le dije: ponte en defensa;  
y me respondió: trastuelo;  
saco al punto mis tijeras  
y él el sable sacò luego;  
pero le aprovechó poco,  
que á los dos brincos primeros  
el pescuezo le corté  
como si fuera de sebo.  
Sin pena ni sobresalto  
fui siguiendo mi paseo  
y llegué á Carabanchel  
á beber el vino fresco;  
catorce guardias civiles  
incluso con su sargento.  
Llegaron á mi á prenderme,  
y me dicen: date preso.  
Por cima brinqué de todos,  
y ellos disparan á un tiempo,  
mas ninguno me tocò,  
que fué tener mas acierto.  
Viendo tau buena ocasion,  
tiro al punto de mi acero  
y á todos los despaché,  
este quiero, este no quiero.  
Libre de aquella maraña  
pillo pies para Toledo,  
donde á nadie conocia  
y me hallaba sin dinero;  
en un café me metí  
donde habia muchos necios,  
y á tratarme principiaron  
como perro forastero.  
Yo, con toda mi prudencia  
les dije: señores, quedos,

que soy Francisquillo el Sastre  
el terror del universo.  
Se miran unos á otros  
apenas aquesto oyeron,  
de risa están reventando  
y yo de coraje lleno.  
Saco al punto mis tijeras,  
à cortar retal comienzo,  
de brazos, pechos y piernas  
sin olvidar los pescuezos:  
treinta y ocho dejé allí  
arrastrados por el snelo,  
y yo me puse en la calle  
mas fresco que el mes de enero.  
Me fuí á una fonda, y allí  
lo que pedí me sirvieron,  
y con un abonaré  
pagué todo por entero.  
Marché para Andalucía,  
y al pasar Despeñaperros  
diez ladrones me asaltaron,  
pero yo siempre sereno:  
Les pregunté què querian;  
me respondieron: dinero;  
les dije: no tengo un cuarto,  
lo que yo tengo es acero,  
y lo que desearía  
es ser compañero vuestro,  
para que sepais quien soy  
y la destreza que tengo.  
Me admitieron muy gustosos  
y à una venta no muy lejos  
fuimos todos à comer;  
y nos regaló el ventero;  
allí pasamos la tarde,  
y ya que el sol era puesto,  
me dan una carabina  
y cartuchos mas de ciento.  
Como una legua anduvimos  
cruzando montes y cerros,  
hasta que á un sitio llegamos

que parece contadero;  
toda la noche anduvimos  
guardando el mayor silencio  
por ver si alguno pasaba  
para despojarlo luego.  
Fuè nuestra suerte contraria,  
pues no vimos niá un mochuelo.  
que son aves de rapiña  
como son mis compañeros.  
Siendo ya de dia claro  
abandonamos el puesto,  
y todos juntos marchamos  
à un cortijo no muy lejos;  
allí almorzamos en grande  
sin costarnos el dinero,  
y despues fuimos al monte  
à darle tributo al sueño;  
los diez à dormir se echaron  
bien calientes del cerebro,  
y yo siempre con afan  
de alimentar á mi acero.  
Apenas los ví dormidos  
busando como unos puercos,  
saco mis finas tijeras,  
y principio à cortar cuellos.  
A los diez dejé difuntos  
y à registrarlos comienzo,  
y entre todos les hallé  
cerca de ochocientos pesos.  
Viéndome con esta suma,  
sin detenerme un momento,  
para Málaga marché,  
adonde llegué contento.  
Paseándome una tarde  
solo por tomar el fresco,  
conoci que se burlaban  
de mí cuatro pintureros;  
me arrimé á ellos y les dije:  
señores, soy forastero,  
sastre soy en todas partes,  
y así, tened miramiento.

Apenas oyeron sastre,  
¡mira que empeño! dijeron,  
entre tres hacen un hombre  
y aun estira su pescuezo.  
Apenas aquesto oí  
meto la mano á mi acero,  
no hice mas que ras, ras,  
y dejé los cuatro muertos.  
Como era el anocheecer  
y mis pies que son el viento,  
en un pesteñar, me puse  
de la ciudad bien adentro.  
Entré en una gran posada,  
pedí cena y me sirvieron,  
y en cama de tres colchones  
pasé la noche en un sueño.  
A otro dia de mañana  
entré en casa de un prendero;  
y compré todo un vestido  
á estilo de malagueño.  
De Málaga pasé á Ceuta  
á ver unos compañeros  
que por sus buenos servicios  
allí se hallaban de asiento;  
estuve unas tres semanas  
sin tener ningun tropiezo,  
y por no matar cristianos  
me pasé á los moros luego.  
En Tánger, una noche, á quince  
les agujeré el pellejo,  
tanto que por cada herida  
podia pasar un perro.  
Desde Tánger pasé á Argel,  
me estuve allí mes y medio  
mandando todos los dias  
cuarenta y cinco al infierno.  
Me marché á Constantinopla,  
capital de siete imperios,  
donde está aquel gran señor  
rey de sesenta y tres reinos,

aquí seis meses estuve,  
en los cuales habré muerto,  
pasarán de veinte mil;  
no hablo mas porque no quiero  
y nadie me contradiga  
si conservar quiere el cuerpo,  
que mis entrañas están  
peor que un rabioso perro:  
que en sacando mis tijeras,  
que son dos armas á un tiempo  
pincho, corto y entresaco  
las entretelas del pecho;  
¡cuántos en la sepultura  
están solo por el miedo  
de verlas ensangrentadas  
rebozadas de pellejos!  
Esto os lo dice un sastre;  
poquito, pico y silencio,  
que el que no lo quiera creer  
se lo hará creer mi acero,  
que por ahí me vereis  
en el año venidero,  
por que entre los musulmanes  
pienso parar poco tiempo;  
y así, nadie de los sastres  
se chulee en este tiempo,  
que tambien los sastres son  
de hueso, carne y pellejo;  
y os digo á mas á mas,  
que tienen en sus adentros  
corazon, hígado y bazo  
y su cuajo bien repleto.  
Aquí dan fin mis proezas,  
mis arrojos y mis hechos,  
comer, beber y dormir  
es lo que desea el cuerpo;  
que al que se muere lo entierran  
como sucedió al tio Prieto,  
que nadie se acuerda de él  
ni yo tampoco me acuerdo.

Murcia 1869: Imp. de Pedro Belda.

